

LA ESTADISTICA, POR LOS OJOS

SIN ponernos demasiado freudianos en eso de que torta que le das a un niño, trauma seguro; sin otorgar que toda moraleja recibida a tiempo nos vaya a servir de por vida, hay lecciones que, ciertamente, durarán tanto como nosotros mismos. Ahorrándome psicoanálisis sé yo muy bien de qué lejana causa me llega el efecto de un respeto por las cifras escenificadas. Mi primer entendimiento de la riqueza en su manifestación más clásica -la opulencia dineraria- tuvo que apoyarse en un expediente así: «Fíjate, rapaz, si don Fulano (el Crespo del pueblo) fuera poniendo duro a duro, en fila y tocándose unos a otros, las monedas llegarían a Cacabelos, seguirían vengando y vengando hasta Ponferrada, y rodeando por el Barco de Valdeorras trazarían el camino de vuelta...» Habiendo calculado el diámetro de los duros de entonces y las distancias comarcales, aseguraba el enseñante que aún faltaría territorio.

Aquella parábola olvidada me dejó el regusto por estas figuraciones, y es una afición, además de inocente, fácil de alimentar. A los puros de la ciencia estadística, expresándose en cifras simplemente, o en gráficos, les salen exégetas e ilustradores que eluden decirnos, por ejemplo, el número de maridos repudiadores de sus esposas. Lo que gustan revelar es que cada minuto y medio ocurre en algún lugar del mundo tan lamentable contingencia, y uno se mira el reloj, computa, reflexiona, lo ve palpable, y dice qué barbaridad. También es recurso frecuente en los publicitarios -«nuestros colchones extendidos alfombrarían la provincia de Cáceres»- y no lo desdeñan predicadores cuaresmales al imaginar que los llamados a rendir cuentas en una sola jornada llenarían un paseo inmenso, una buena plaza de toros, o el estadio del Nou Camp.

Pero aun con tanta viveza plástica, se trataba de incitaciones dirigidas no más que a nuestro mecanismo interior, digamos a los ojos del alma. Ahora alguien ha ido adelante, proponiendo su mensaje estadístico a estos ojitos corporales que se ha de comer la tierra (se habrá comido los de ¡177 individuos!, en los tres minutos que usted me dedica, lector). Digo los habitantes de Mazanet, que porque en Francia murieron 16.610 personas en accidente de coche, van y se tumban 16.610 vivos, sobre el asfalto, como paripé moralizador. Un testigo, parisiense exquisito, me dice que ha resultado un tanto truculento, «dé·goû·tant» es su impresión exacta. Acaso, sí, pensándolo bien...

Antonio PEREIRA